

UN CRIMEN PERFECTO Y CÓMO RESOLVERLO

Fran Gómez

1.^a edición: abril, 2018

Título: Un crimen perfecto y cómo resolverlo.

© Fran Gómez, 2018

ISBN: 9781980629726

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Cinta,
por una vida llena de felicidad*

Introducción

4 de octubre de 2008

Esther Prada cogió un tren que no era usual en su rutina. No le importaba la hora, o si se trataba de un trayecto de ida o vuelta, siempre que entraba en un vagón se sentaba en uno de los asientos que estaba colocado de espaldas a la pared, se sentía menos angustiada si en su campo de visión estaban todas las personas con quien compartía el ferrocarril. Normalmente colocaba su mochila encima de las piernas y conectaba unos auriculares blancos a su iPhone, luego esperaba la estación de destino mirando a través de la ventana. Ese día no llevaba mochila ni algún tipo de auricular, tal material fue sustituido por un bolso de mano y unos pendientes de plata.

Apretaba los labios mientras se veía reflejada en el cristal, pretendía evaluar si el pintalabios que llevaba había perdido la intensidad perseguida desde la última vez que se miró en el espejo del baño de su casa. Después repasó que ninguno de los usuarios del tren le estuviese mirando en exceso; Esther no estaba acostumbrada a llevar vestidos y se sentía bastante incómoda vistiendo uno que había comprado para la ocasión.

Bajó en la parada de la Universidad Autónoma de Barcelona y anduvo elegantemente hasta la Plaza Cívica. Sabía

que era pronto pero no le importaba, había cogido un tren para que le diese tiempo poder contemplar el escenario y el patio de sillas del evento que le estaba trayendo de cabeza desde varios meses atrás. A pesar de ser temprano ya había bastante gente deambulando por los alrededores de aquella plaza, todos ellos vestidos de etiqueta, y ella solo conocía a varios de los que estaban por allí. Caminó por la periferia de una columna de sillas y llegó a la primera fila. Tomó asiento justo delante del atril dónde serían exhibidos todos los discursos que aparecían en el folleto de programación del evento. Se sentía una espectadora privilegiada, la que tendría la mejor vista del escenario.

La joven escuchó chocar unos tacones contra el suelo de baldosas, se giró y vio a Alba con un vestido liso negro y maquillada de tal forma que no parecía ser ella misma. Su amiga desde hacía cuatro estresantes años tomó asiento a su vera. Esther pensó si el maquillaje que ella llevaba producía el mismo efecto que en su compañera.

—Hola —saludó Alba—. Vas estupenda.

—Oh gracias, también debo decirte que este vestido te favorece mucho.

Pasaron varios minutos hablando sobre sus novedades debido a que desde que terminó el curso no habían compartido algún otro momento juntas. Alba se levantó e invitó a Esther a que conociese personalmente a su pareja, hacía un par de años que ella se comprometió a presentárselo pero nunca encontraron una situación que lo propiciase, en realidad Alba prefería estar a solas con su novio o quizás compartir algunas tardes con otra pareja de su ciudad. Era ese motivo por el cual no se conocieron hasta el día de la graduación.

—Mira, él es Carlos Martí —aclaró Alba.

Esther se aproximó y le dio un beso a cada mejilla. Carlos sonrió y, mientras miraba de reojo a su pareja, también hizo lo mismo. No estaban solos sino que al lado de Carlos se hallaban sus suegros, los padres de Alba, que ya fueron presentados a su amiga Esther varios años atrás.

—Es un placer poder conocerte, Carlos. Estos últimos años siempre has estado en boca de Alba.

Los padres sonrieron, ella disimuló mirando hacia el escenario como si ya hubiese empezado el acto.

No permanecieron mucho tiempo de pie, Esther y Alba prefirieron ocupar los asientos donde se habían encontrado, por otra parte los familiares no podían estar sentados al lado de ellas debido a que las primeras líneas de sillas estaban exclusivamente destinadas a ser ocupadas por los recién graduados; para ello la organización destinó un espacio para los acompañantes, supuestamente de acuerdo con el aforo esperado, aunque normalmente siempre se quedaba alguien de pie.

Esther consultó la hora mirando a la esfera de su fino reloj de acero y después repasó las notificaciones de su teléfono móvil. El patio de sillas cada vez estaba más lleno. Ella giraba la cabeza hacia atrás con cierta inquietud, quería saludar a sus amistades antes de que empezase la ceremonia, pero el tiempo previo se agotaba. Su intranquilidad cesó cuando todos ellos llegaron andando a un paso sosegado. Estaban los once que buscaba, su círculo de amistades más próximo ya se encontraba al completo.

—Buenos días, que guapas estáis —vocalizó Álex desde una cierta distancia.

—Siempre lo hemos sido —contestó Alba—. Hacía unos minutos que os estábamos esperando.

Todos tomaron asiento alrededor de las chicas, dos de ellos tuvieron que sentarse en la fila de detrás ya que los huecos disponibles empezaban a escasear.

—Habíamos ido a tomar algo —precisó Marta.

Varios de ellos reforzaron la afirmación de su compañera balanceando la cabeza hacia delante y atrás. A la vez se formaron varias conversaciones paralelas, la mayoría de ellas elogiando la preparación del escenario. En realidad todo estaba medido al milímetro; a primera hora de la mañana varios operarios montaron la base e instalaron una moqueta blanquecina. Horas más tarde las mismas personas instalaron dos grandes pancartas verticales de tela donde se podía leer “Acto de graduación de criminología” y además aparecía el logo de la universidad. Los colores predominantes eran el blanco y el verde claro que conjuntaba con las hojas de los árboles más cercanos y los enormes campos de césped que rodeaban la Plaza Cívica. Por suerte no hacía mucho viento, esa sería la causa perfecta para provocar algún destrozo al vistoso y elegante escenario que era preparado para las ponencias y el acto de recogida del diploma.

Cuatro personas ocuparon el espacio del escenario a la hora indicada: el rector de la universidad, la decana de la facultad de derecho, el coordinador de criminología y una profesora en representación de todos los formadores. En ese instante el público se quedó mudo, solo se escuchaba a varias personas cuchicheando y un bebé llorando desconsoladamente. Todo el mundo sabía que el acto iba a empezar.

Esther dejó de atender a la palabra de sus amigos y centró su atención hacia los individuos que se acomodaban a lo que sería su entorno durante las próximas horas. Daniela Pérez, la representante de los profesores, transportaba en sus brazos unas hojas de papel que reposaron sobre una mesa colocada al fondo

del escenario, supuestamente eran los diplomas preparados para ser expedidos. Después se colocó al lado de sus compañeros de oficio, todos ellos estaban observando al público, miraban a sus alumnos luciendo sus mejores galas y los familiares y conocidos a la lejanía. La multitud que se quedó sin silla llevaban en sus manos cámaras de fotos, teléfonos móviles, tabletas o cualquier cosa que les permitiese hacer una fotografía. Las condiciones climáticas eran idóneas, no debería haber nada capaz de estropear ese momento.

La muchedumbre insistió en volver a dialogar entre ellos mientras presenciaban los actos preparativos del evento. En realidad, consistía en una reunión social y los usuarios no dudaban en hacer uso de ella. El rumor paró cuando uno de los que presidía la ceremonia se situó enfrente del atril de madera plantado en el centro del escenario. El coordinador del grado fue el encargado de presentar el acto e invitar a Ignacio Pereira, el rector, para que realizase su intervención.

—¿Conoces al rector? Es el de la americana marrón — preguntó Esther a Alba.

—No. Bueno sí, de vista.

Hablaban lo más bajo posible para no interrumpir el evento. Al estar sentadas a primera fila no podían permitirse hablar en exceso porqué corrían el riesgo de entretener al interlocutor.

—Fue ese hombre el que me ayudó en mi erasmus.

—¿Él en persona?

—Sí, el mismo.

Alba sonrió a su amiga y volvió a mirar enfrente.

—Es un placer para esta institución y mi persona abrir el acto de ceremonia de graduación de este año 2014. Han sido cuatro años de lucha los que han llevado nuestros recién

titulados. Sí, me refiero a todos vosotros. Estar aquí es un premio, es cada hora que habéis luchado para lograr vuestro sueño... y hoy es cuando va a empezar. Hoy saldréis de aquí y haréis lo que siempre habéis deseado...

El discurso del coordinador siguió hasta lograr sacar brillo de los ojos de algunas personas del público. Se expresaba con la misma fuerza que un político en un mitin electoral. Cuando terminó la interrupción sus palabras recibieron casi un minuto repleto de aplausos, la ocasión merecía tal esfuerzo.

Cuando volvió el coordinador a la fila de autoridades éste fue recibido con varios apretones de manos por parte de los tres que les estaban esperando. Segundos después Ignacio Pereira se acercó a la mesa y agarró unas cuantas hojas escritas a mano, se acercó al atril y las descansó encima de él.

—Ha sido un discurso muy motivador —susurró Alba.

—Maravilloso —contestó su amiga—. No esperaba menos de ese hombre, siempre que lo he escuchado hablar se regala a los oídos de la gente. Sabe medir muy bien sus palabras.

—Por ese motivo ocupa el cargo de coordinador.

—Cierto, muy cierto —objetó Esther.

Alba, que centraba su atención en los tres que estaban detrás del rector, volvió a mirar a su amiga.

—Yo quiero que hable ya Daniela. Me da pena dejar de asistir a sus clases...

—Tranquila, me pasa lo mismo —dijo Esther mientras miraba el borde de su vestido.

El rector colocó el micrófono a su gusto y encuadró los bordes de los folios como si pareciese que su discurso era comprimido en una sola hoja. Abrió la boca para empezar sus palabras, pero no fue capaz de decir nada. Solo se escuchó un suspiro. Movi6 su cabeza hacia delante mientras doblaba la

espalda como si resguardase sus folios de la lluvia. Ignacio abrió los ojos por completo como si le estuviesen molestando los párpados y de repente desapareció.

Un fuerte estruendo dejó perplejo a todo el público de tal forma que la mayoría de ellos buscaron resguardarse tirándose al suelo o adoptando una posición fetal exageradamente forzada. Las autoridades del evento saltaron para tener el cuerpo contra el suelo: había explotado una bomba. Del centro del escenario salía un humo oscuro que se elevaba hacia el cielo, el olor que desprendía el entorno era repugnante.

Segundos después los invitados, atronados por el ruidoso estallido, empezaron a levantar sus cabezas y comprobar cuál era el estado que se encontraban. Nadie se hallaba herido, todos estaban bien, todo el daño se concentró en una persona. El atril que estaba junto al rector se desvaneció en el aire. La explosión se había producido en ese mismo espacio: el que había entre la persona y la madera. En el suelo descansaban los pies y las piernas de Ignacio junto a una parte desfigurada de su caja torácica. Todo el resto del material biológico de su cuerpo fue esparcido en trescientos sesenta grados de donde se encontraba. La bomba lo separó en pequeñas partes heterogéneas que manchaban el suelo del escenario, las pancartas del alrededor y la gente que estaba más próxima a esa posición. También colgaba de los árboles una parte de esos restos. El olor se estaba haciendo insufrible, tanto que algunas personas del público empezaron a vomitar y desvanecerse. La gente huía hacia cualquier lugar que estuviese alejado de aquel sitio por miedo a la detonación de un segundo artefacto explosivo.

Esther se encontraba a salvo. Comprobó su vestido y estaba completamente manchado, también notaba algo pegajoso en el pelo. Miró a ambos lados y vio montañas de sillas y a sus

amigos intentando salir lo más rápido que podían; volvió a tocarse una pierna y miró su mano, estaba manchada de una sustancia rojiza, sufrió una arcada y cayó rendida al suelo. Perdió el conocimiento.

Quince minutos después, cuando la policía llegó al lugar, ya no quedaba nadie en aquella plaza; se había quedado desierta. Todo el mundo estaba por los alrededores. La gente se estaba ayudando mutuamente.

Del restaurante sacaron varias botellas de agua y montones de papel.

Desde la carretera llegaron una decena de ambulancias acompañadas de varios coches de policía. El acto de graduación había terminado.

PRIMERA PARTE

—Tengo una duda. Me queda una semana para elegir qué quiero estudiar y no sé qué quiero hacer.

—Seguro que tendrás algo que te guste, que te motive e ilusione. Dime que es la primera cosa que piensas al levantarte cada mañana.

—Quiero ser como tú, abuelo.

—¿Qué soy yo?

—Eres la personificación del sueño americano. Mi padre me contó que fuiste a la universidad, que en tu juventud eras un policía humilde y después te requirieron en Los Ángeles viajando a lo ancho y a lo largo de este país.

—Entonces dime. ¿Cuál es tu ilusión?

—Quiero ser policía, pero no uno cualquiera, sino que un referente como tú lo has sido. Quiero que todos los Estados Unidos me conozcan por lo que hago.

—Eso es una razón muy noble. ¿Qué estás dispuesto a hacer para lograrlo?

—Cualquier cosa. Estudiar, formarme y saber todo lo que haga falta.

—Fantástico, me alegra que puedas ser feliz de este modo.

—Abuelo... ¿Cómo lograste llegar al éxito? Tengo entendido que te hiciste famoso tras atrapar a Andrew Miller.

—Eso fue algo posterior al motivo sobre el cual me llamasen los federales. Antes del caso sobre Miller ocurrió algo muy importante, ese logro fue el inicio y sin él ni tu ni yo ahora estaríamos aquí sentados.

—Mi papá no me ha contado nada de esto, me encantaría escucharte.

—Todo empezó durante el mes de noviembre del año dos mil catorce en Barcelona.

—Nunca he estado allí, mis padres siempre están ocupados y no tienen tiempo para viajar.

—No te preocupes, este verano viajaremos nosotros dos a Barcelona para celebrar tu admisión en la universidad.

—¿Me lo prometes?

—Prometido, te encantará viajar en primera clase.

1

El sentido del ayer

14 de noviembre de 2014

Eran las ocho de la mañana y ya llevaba, a mi percepción, sobre una hora dando vueltas en la cama. Tal nerviosismo e inquietud solo aparecía en aquellas ocasiones especiales y en ese momento no tuve dificultad en encontrar cual era la causa de ello: mi primer vuelo en avión. Mis temores se reflejaban como fruto de años y años de contaminación realizada por las grandes producciones de Hollywood, imágenes impactantes mezcladas con situaciones imposibles, pero acercando los hechos hacia un contraste real, ¿suceden cada día estos accidentes? No, en las noticias no solía aparecer nada de esto, por tanto envié mensajes de calma a mi inquieta consciencia que no debería estar preocupada de cómo llegar al lugar sino que más bien de cómo me iba a salir la tarea que me enviaba a un lugar tan influyente como siempre ha sido Londres.

No aguanté ni tres segundos más. Con un enérgico salto me separé de las sábanas de la cama, me serví del batín tan pronto

como tardé en abrir el armario y con la ayuda de mis cómodas zapatillas de casa puse rumbo hacia la cocina mientras repasaba en mi cabeza que víveres seguían en mis estanterías, este era el efecto derivado de vivir en un piso compartido. Estaba necesitado de alimentos pero entre mi objetivo y mi persona se interponía una figura humana, no tuve más que encender la luz.

—¿Qué haces a oscuras? —pregunté sin extrañarme.

—No quería encender las luces, no quería quedarme alumbrada —contestó sin apenas mirarme.

—¿Y tú que haces andando por el mundo a estas horas?

—Por el momento beber un vaso de leche y volver a dormir pero ya no lograré reconciliar el sueño —me miraba con sus grandes ojos azules, donde era fácil reconocer su nivel de irritabilidad.

El salón comedor donde estábamos era pequeño y a pesar de su tamaño siempre estaba dispuesto a ser ensuciado. Las manos que trataban de restablecer el orden solían ser las de Laura, siempre dispuesta a limpiar cualquier pelusilla de polvo hasta en el momento de su formación. Laura digamos que era un genio en el trabajo y una persona impaciente e insatisfecha. Siempre había un lugar mejor donde guardar los vasos y colocar las vajillas, no sabía dónde me metía cuando acepté una habitación de su apartamento. Tras depositar el vaso impecable y guardar el tetrabrik de leche en la nevera, se dispuso a hablarme.

—¿Hoy es cuando te ibas verdad?

—Sí. Pero eso va a ser por la tarde, ya estoy en pie porque no soporto dar una sola vuelta más en la cama.

—¿A tus veintiocho años y sigues estando nervioso como un niño en la noche de reyes?

Su burla era tan clara que reprimí mis impulsos vengativos, aunque sabía del cierto que más tarde tendría mil oportunidades para devolvérsela.

—Bah... Tendré más tiempo para prepararme las maletas, encontrarme con el grupo y dirigirnos hacia el aeropuerto. Los billetes ya están comprados.

—¿Qué grupo? —se refirió Laura con gran interés.

Quise pensar que no era fruto de algún tipo de celos.

—Con mis compañeros de trabajo, mañana mismo se celebra el Congreso Internacional de Cuerpos Policiales al que hemos sido invitados, habrá representación de los cuerpos más influyentes del mundo. ¿Te das cuenta del porqué de mi inquietud?

—¿Durante cuantos días tendré el apartamento para mí sola? —Laura tomó asiento en la mesa demostrando un gran interés.

—Un total de cuatro días desde el momento que salga por esa puerta.

Entonces me dirigí hacia la ventana que quedaba en el lado contrario de la nevera y tiré fuertemente de la correa de la persiana por tal de dejar entrar la luz natural y, a la vez, reconocer cual era el día que haría hoy. A pesar de la prontitud ya se apreciaban los primeros rayos de sol providentes más bien desde el horizonte que desde el cielo. No parecía que la temperatura privase el vuelo de los pájaros que ya de buena mañana iban planeando, y las escasas nubes que estaban de paso por encima de la ciudad no amenazaban a mojar ni los tejados de los edificios. Mientras tanto en el salón protagonizaba el silencio, mi compañera de piso aprovechó para encender su ordenador portátil por tal de hacer lo que ella llamaba como una “conexión”

que a mi ver se trataba de cotillear en sus redes sociales y repasar la actividad de sus amigos y no tan amigos.

—Bueno, voy a preparar el desayuno, la última comida que hago aquí —dije como fruto de aburrimiento.

—Querrás decir la última antes de partir —contestó con cierta arrogancia.

—Por supuesto. No desesperes, seguiré pagando el alquiler.

Me dirigí hacia mi habitación a emprender la ilusionante tarea de formación de la maleta pero antes de alcanzar un paso estable me detuve de manera repentina, en un solo momento mi mente entró en un conflicto donde todavía no ha sido capaz de salir, unas imágenes que tenían una repetición automática en aquellos instantes que dejas la mente libre, sin ningún tipo de pensamiento, y más concretamente, un fotograma quedó materializado de manera espontánea en el MacBook de Laura. En mi intento de agilizar el paso e ignorar la exploración internauta que estaba realizando mi compañera me volví a detener, sabía que algún día me será fácil de asimilar, pero seguía en lo que suelen denominar los psicólogos forenses como la fase de shock, que en mi caso su duración no era la comprendida en las veinticuatro horas siguientes de padecer una experiencia traumática sino que los años pudieron confirmar la anormalidad de mi caso. Intentando mostrarme con un carácter normal, simplemente me aproximé al ordenador y sin el permiso de mi compañera pulsé el icono de siguiente foto.

—¿Por qué no me dejas en paz? —dijo inmediatamente con un tono juguetón.

—Salgo muy desfavorecido en esta foto, además, parece que tengo cara de niño pequeño. Está bien que te entretengas viendo fotos pero eso no es excusa por entrar en mi perfil.

Intentaba hablar de manera natural, con tono forzado, pero evitando dar a conocer mi estado de ánimo.

Salí tan pronto pude del radio de visión de aquel portátil y por fin me dispuse a confeccionar el interior de mi maleta, que pese a su tamaño la capacidad que tenía era fenomenal, hecha a medida para mí, así de simple. La apertura del armario fue rápida y antes de hacer un inventario mental de lo que iba a necesitar un sonido familiar me alejó de mi proceder. En la mesita de noche se hallaba mi *smartphone*, que era tan inteligente que su insaciable sed energética lo delataba; siempre debía de estar cerca de un enchufe, de lo contrario mi telecomunicación era nula, todo resultado de los grandes avances de la industria de los teléfonos móviles, tan excelente y prestigiosa que sus baterías no tenían energía ni para encender y apagar la pantalla. Quería entender que no se trataba de una adicción ni nada por el estilo, pero automáticamente ya lo tenía pegado a mi mano resolviendo la causa de su potente y sonora vibración. Como no, se trataba de un mensaje instantáneo de una aplicación que me resultaba más que familiar:

“¡Arriba compañero! Por fin no nos toca salvar gatitos de los árboles. Te espero en mi casa en una hora y saldremos hacia el punto de reunión.”

Alguien se acordó de mí a esas horas de la mañana aunque se tratara por cuestiones laborales, mi respuesta tampoco se alejó del buen rollo de compañeros que teníamos:

“Buenos días, allí estaré, no te preocupes. Por cierto, te traeré tu osito de peluche. Entiendo que sin él no lograrás conciliar el sueño.”

El sentido del humor era básico, eran muchas las horas que pasábamos juntos y miles las situaciones que nos encontramos, algunas más dificultosas que otras, bueno en definitiva estaríamos hablando de más bien hechos comunes, justamente lo que no imaginé durante mi etapa de estudiante universitario. En verdad no sentía que había cumplido todos mis objetivos profesionales, era cierto que formaba parte de un cuerpo de policía, pero ni mucho menos tratábamos con grandes bandas de narcotraficantes o seguíamos la estela de un asesino en serie. Más bien mi tarea consistía en dar o quitar paso a la circulación o patrullar donde el intendente nos indicaba.

Varios minutos después seguía entrando y saliendo de las aplicaciones del celular, cada una con una cierta utilidad, pero este momento tenía que ser dedicado a la realización de mi equipaje. En cuanto volví a tener noción de mis obligaciones del día ya se había hecho tarde; resultado de ello surgieron las prisas que lleva al olvido, no recordar provenirse de algo que en menos de un día vas a lamentar su ausencia. Con la agilidad propia de alguien que se mantiene en forma, no le dieron tiempo a moverse las agujas del reloj en que la maleta ya estaba rodando por el apartamento. El sonido de sus cuatro ruedas funcionó como un silbato de caza de patos.

Dos toques secos y precisos fueron a impactar contra la parte superior de la puerta de mi habitación ya abierta. Sin esperar respuesta, en cuanto me dispuse a prestar atención a ello, pude ver que del marco de la puerta sobresalían unas largas piernas culminadas por una rubia cabellera que estaba pegada en la cabeza que contenía una mente que me resultaba casi desconocida ya que era incapaz de predecir el comportamiento de esa señorita que se preocupa de dejarme sin cereales todas las

mañanas; en mi caso, había sido formado por conocer y predecir el comportamiento delictivo, premisas que me acordaba perfectamente y seguía entrenando, pero en tales casos como este, una pregunta corta y directa era la acertada por tal de conocer la voluntad de Laura.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—He pensado que para el próximo lunes cuando estés de vuelta tendré comprados todos los ingredientes y cocinaré una estupenda lasaña de carne, lo intentare hacer lo mejor que pueda, no te aseguro un buen resultado.

—¡Oh lasaña! Estoy de acuerdo —me giré, cogí la bufanda y me la coloqué de la manera más cómoda posible sobre mi cuello. Después, me dispuse a ponerme la chaqueta e iniciar el viaje.

Laura se había quedado plantada en silencio junto a la puerta, observó cómo me abrigaba, cómo cogía mi maleta y cómo arrancaba mis primeros pasos directos hacia la puerta principal. El despertador de la mesita, junto al móvil, ya delataba mis prisas, estaba a unos pocos minutos de la casa de Marco pero aun así no había que olvidar que mi inquietud era dada por una cuestión laboral, es decir, el retraso temporal no era posible en esta situación. Me presenté delante del espejo del baño ya con toda la indumentaria de combate contra el frío matinal perfectamente colocada y ajustada a mi cuerpo, repasé especialmente con gran atención mi peinado y sin más dilaciones cargué con el equipaje y me dirigí a la puerta principal, solo una cosa me quedaba por hacer.

—Laura me marchó ya que voy a hacer tarde —grité con un tono adecuado teniendo en cuenta las posibles molestias vecinales que pudiese ocasionar.

—Disfruta de estos días. ¿No te dejas nada? —contestó a distancia sin presentarse en mi campo visual.

—Gracias. Nos vemos en breve —respuesta rápida, sin intención de seguir dialogando.

Abrí la puerta con una mano y con la otra arrastré la maleta hasta el exterior, un día soleado y con un ambiente fresco era el que me había encontrado detrás de esa puerta. A modo de precaución y como fruto de la costumbre, antes de adelantar un solo paso comprobé el interior de mis bolsillos y en ese momento me di cuenta que el inventario final resultaba básico para cada día de mi vida: el móvil se había quedado reposando sobre la mesita de mi habitación. Para una mayor rapidez, en lugar de hacer uso de mis llaves para poder entrar consideré adecuado tocar al timbre, entrar y salir casi al mismo momento ya que el tiempo corría en mi contra. El clásico tono de timbre sonó y mi espera empezó. Cinco segundos después, como si de un sistema automático se tratara, la puerta se abrió de par en par.

—Déjame pasar. Rápido, me he dejado el móvil.

No le dio tiempo a decirme nada que en menos de tres pasos ya me presenté delante de la mesita, pero en su superficie solo estaba el despertador. En ese momento el despertador solo me hacía un uso inadecuado, la información que podía leer de él significaba mi desastrosa planificación de la mañana. ¡No podía ser que no encontrase mi *smartphone*! Repasé los dos cajones repletos de ropa interior y solo logré desordenarlo todo; no lo entendía, era capaz de recordar con toda claridad donde lo dejé, pero claro, también pensé en quien más había aquí, si se trataba una broma en ese momento difícilmente le podía encontrar la gracia. Me dirigí hacia la puerta de salida a la calle que seguía abierta y justo al lado estaba Laura con una sonrisa plena en sus labios, hecho que denotaba como disfrutaba de la situación. Me acerqué a ella y tendí mi mano derecha, su significado era claro.

—¿Quieres algo? —el tono burlesco escondido detrás de la felicidad momentánea que mostraba era su confesión como culpable de esta apropiación indebida.

—Venga. Que voy a llegar tarde —palabras seguidas de un taladramiento con la mirada.

—¿Cómo se pide? —preguntó con el dedo índice apoyado sobre su moflete izquierdo.

Con un movimiento casi instintivo, le di un beso de manera inmediata en la mejilla señalada. Ella, consciente de mi frustración, accedió a su bolsillo y me dio el teléfono móvil. Como si de un reflejo felino se tratara, cogí y guardé el móvil en el bolsillo que tenía libre y me dispuse a emprender la salida, pero antes debía de hacer un acto de cortesía.

—Adiós, si pasa alguna cosa avísame —palabras seguidas de una sonrisa.

—Por supuesto, que vaya bien.

Cogí fuertemente la maleta y puse rumbo hacia Londres, hice uno, dos y hasta seis pasos y todavía no había oído cerrarse la puerta del apartamento, me extrañó, giré la cabeza y como si una intensa ventisca lo hubiese provocado, la puerta se cerró, Laura la cerró.

En ese momento empecé un ejercicio mental que solía hacer frecuentemente. El camino requería de unos quince minutos de tiempo pero si a la vez realizaba un juego el trayecto se acortaba y además entrenaba mis habilidades mentales que son útiles para mi trabajo. Se trata de reconocer las personas que se cruzan en el camino y a partir de su imagen y de los pocos segundos que se disponen de observación poder averiguar su personalidad e incluso su profesión. La mirada te dice cuál ha sido su experiencia pasada, su ropa la personalidad y sus pies de donde viene.

La carpeta amarilla

Sucedió un día como hoy pero hace seis años atrás, el sol daba color a las nubes y sobre mi rostro podía apreciar el calor de estos rayos, ese día estaba en condiciones de apreciar el valor de lo rutinario y reírme hasta de una respiración acontecida más profunda de lo normal. Me miré las manos y seguía siendo el de ayer, no notaba cualquier otra nueva facultad o habilidad, fueron tantos años y tantas horas sacrificadas que me sentía como aquel preso que después de una larga condena injusta volvía a pisar la calle en señal de su libertad que en su día se le fue privada. Recuerdo mi ilusión, mi desesperación y el nerviosismo que me impidió dormir la noche anterior, una mañana estupenda para un acto fantástico. Levantaba la cabeza, miraba de izquierda a derecha y recibía señales de felicidad. Se exhibían unas sonrisas tan amplias que ese mismo día averigüé la formación odontológica de cada uno de quienes tenía en mi campo de visión, más interesante fue conocer los agujeros que todavía esperaban un implante de porcelana.

Lamentablemente, habían caído al olvido todos los detalles o incluso hechos fundamentales de esta ceremonia, a partir de aquí podía hablar con más seguridad de lo vivido. Una explosión causó una muerte, un fuerte sonido que en este momento nunca pude haber apreciado como tal se tradujo en una gran multitud de gritos y lamentos. El escenario y el ambiente vivido acontecieron al horror colectivo en estado puro. Este día nació la carpeta amarilla, custodiada por Marco y mi persona, apartada de posibles miradas curiosas e inexistente para el resto de personas.

Tras varios minutos andando por las calles de San Cugat no me costó reconocer la casa donde vivía Marco: el domicilio familiar de la familia Moreno. Se trataba de una vivienda de dos pisos asentada en un gran solar que no desentonaba con los edificios vecinos situados en lo que se considera la zona más adinerada de la ciudad. Cualquier persona querría tener una de estas casas, cercanas a la naturaleza y con todas las ventajas de una capital, un lugar envidiable.

Después de escuchar el timbre, Marco abrió la puerta sin usar el video portero. Vestía una camisa azul marino con las mangas arremangadas, me hacía el efecto que se acababa de levantar.

—Estarás preparado, supongo.

—Ah sí. De hecho estaba preparando el equipaje. ¿Qué hora es?

—Serán sobre las once —pronostiqué— dentro de media hora deberíamos estar en comisaría.

—Vale... no pasa nada, entra.

Marco me permitió el paso y cerré la puerta. En un lateral del recibidor había unas escaleras exageradamente anchas, pavimentada con mármoles y con una barandilla de hierro reluciente. El gusto de los propietarios era excelente.

—¿Esta casa la habéis reformado vosotros?

Siempre me habían gustado los hogares abiertos, aquellos que no están delimitados por paredes. Consideraba que eran más pragmáticos y estilosos y, en especial, la decoración de esta casa me atraía más.

—No. De hecho la construyó mi padre tiempo después de que naciera. Fue un regalo para mi mamá.

—Tu padre tiene muy buen gusto —dije mientras subíamos las escaleras.

—Siempre le ha atraído la decoración.

Marco entró en su habitación y removió todos los cajones y armarios que había allí separando las prendas que se llevaría. Yo, mientras tanto, paseaba de punta a punta del pasillo pareciendo un agente inmobiliario observando las virtudes de un inmueble. Paré frente su habitación.

—Amigo mío, creo que ya sé cuál es el próximo paso a seguir —expuse con orgullo—. Esta mañana me he dado cuenta de ello.

—Adelante.

—Durante mi desayuno he visto a Laura cotilleando una fotografía donde he sido etiquetado recientemente. En ella aparezco junto a Elsa Adams en unos momentos antes de iniciar la ceremonia de graduación. Esta imagen no la hemos recuperado en nuestro archivo. Aún existen fotografías que nos podrían ser de utilidad en cuanto a la recreación de los hechos.

—¿Pudiste ver quién la subió a la red?

—Sí. La propietaria es Elsa, nuestra excompañera de estudios —afirmé sin dudar.

—De acuerdo —añadió Marco—. En cuando volvamos de Londres imprímela y la adjuntamos a la carpeta, a ver qué jugo podremos sacar de ella.

—¿Y esto es todo? No hace falta que me contestes. Escúchame, ¿qué te hace pensar que solo existe esta foto? Estamos hablando de una ceremonia de fin de carrera, unas de estas ocasiones que una cámara no está amortizada hasta el momento que su batería queda agotada.

—¡Claro! —gritó satisfecho—. Debemos hablar con ella e intentar que nos dé una copia de todas las fotografías que tenga.

—Coge la carpeta y guárdala en un sitio seguro. Yo te espero en el recibidor — las palabras fueron claras y directas.

Cuando me aseguré de que mi amigo no tardaría demasiado en terminar, caminé sin prisas hasta la entrada de la casa con la esperanza que me alcanzase después.

Me entretuve inspeccionando el lugar.

La decoración de aquella casa era muy agradable, muebles rústicos, bien pavimentada, las paredes eran blancas que casi parecían recién pintadas y estaban adornadas por cuadros de fotos familiares, en uno de ellos y justamente el más grande, aparecía el retrato familiar donde la edad de Marco no era superior a los diez años, en esta foto estaban los padres: la señora Sofía y Don Luís cuya cabeza nunca sabido lo que es estar arropada por pelo y en fondo de la fotografía de pie estaba Marta, la hija mayor de la familia que parecía estar en plena adolescencia a juzgar por su acné tan difícil de ocultar por el maquillaje. Por lo que sé, hacía muchos años que Marta residía en Estocolmo, lo que me había impedido verla en persona durante los años anteriores.

En un intento de dejar volar mi imaginación e intentar posicionarme en mi infancia años atrás, una llave fue incorporada en el cerrojo de la puerta de entrada, en su apertura pude reconocer la verdadera propietaria del inmueble al que me encontraba, la señora Sofía. En sus pies reposaban un pack de seis botellas de agua mineral, dejadas en el suelo por tal de hacer posible la entrada a su casa; la otra mano en cambio estaba ocupada sujetando una bolsa de plástico donde reconocí varios productos alimentarios, entre ellos un paquete de cereales y pan.

Dejé la melancolía para otro momento y me acerqué a la portalada en voluntad de ayudar.

—Hola, me alegro de verte —entonces me regaló una sonrisa entrañable—. Hace meses que no te dejas caer por aquí.

—Yo también a usted señora. Despreocúpese, mientras usted se acomoda yo le voy a llevar estas bolsas en la cocina, en lo alto de la mesa.

—No hace falta hijo, yo me encargo —sus palabras decían todo el contrario de lo que relataba su cara.

Decidí no entrar en debate, sin entablar una sola palabra más cargué con el agua y la bolsa con el fin de adentrarlo en la cocina. Al regresar me volví a encontrar de cara a la ama de casa más sonriente que había visto en años.

—¿Mi hijo te está haciendo esperar verdad? No sé cómo decirle que sea más atento... ¡O por lo menos más cuidadoso con las visitas!

—Mamá no molestes a Óscar.

Marco lucía un aspecto espléndido, perfectamente peinado hacia atrás, con una chaqueta de cuero y tejanos azules ¡No me extrañaba que tuviese tanto éxito con las mujeres! Eso sí, éxito relativo, señal de ello es la separación con su expareja y la soltería que estaba disfrutando. Como equipaje llevaba una simple bolsa de deporte negra colgada como una bandolera sobre su hombro, de gran dimensión, pero no tan eficaz como lo es una maleta de ruedas.

Había llegado el momento de la despedida. Marco se acercó a su madre y le dio dos besos en las mejillas y a continuación se dijeron unas palabras en la oreja totalmente imperceptibles desde mi posición. Yo tomé la iniciativa y él me siguió, en el momento que pisamos la calle sonó al viento un múltiple adiós vocalizado entre cada uno de nosotros y con bastante prisa nos dirigimos hacia el aeropuerto.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo has hecho —respondió Marco.

—¿Por qué eres policía local? Con el dinero que tienes te iría mejor en los negocios.

Marco me miró sin importarle donde pisaba.

—Yo no tengo dinero.

—Pero eres rico. Estoy seguro que tu padre te encontraría un sitio en su empresa.

—Tal vez, pero prefiero ser policía, es más entretenido y cuando me canse siempre estoy a tiempo para dejarlo —tras varios pasos volvió a hablar—. ¿Y tú? ¿Piensas ser policía local durante toda tu vida?

Me sentí presionado por ofrecer una respuesta sincera.

—Lo seré hasta que no encuentre una salida mejor.

—¿Hacia dónde?

—Hacia mi objetivo.

Marco se rio y miró enfrente.

—Supongo que no me vas a decir el objetivo del que hablas.

—¿Qué quieres copiármelo? Vaya amigo... No sé qué estaba pensando el día que te conocí —ironicé para amenizar la mañana.

Estuvimos hablando de estupideces por el camino, el sol se apoderó del cielo e hizo subir varios grados la temperatura. La sensación de emprender un viaje es una de las mejores que la vida te puede dar.